

LA VIDA EN LOS VACÍOS DEL PLANETA

Sebastián Álvaro
Jose Mari Azpiazu



Experiencias en los desiertos
para inspirar nuestro día a día

En librerías desde el 24 de noviembre de 2021



LA VIDA EN LOS VACÍOS DEL PLANETA

Experiencias en los desiertos
para inspirar nuestro día a día

Sebastián Álvaro
Jose Mari Azpiazu

La atracción por los desiertos se remonta a los comienzos de la existencia humana. En sus arenas, sus reseca piedras, sus profundas entrañas, se esconden civilizaciones perdidas, ciudades, pirámides y hasta ejércitos desaparecidos. Desde el siglo XIX, el espíritu de aventura y las ansias de descubrimiento llevarán a hombres y mujeres de probada osadía a explorar los territorios vacíos del planeta. Personas intrépidas, dotadas de preparación e impulsadas por la curiosidad, acabarán cartografiando y descubriendo la historia de los desiertos más inhóspitos.

Tras las aventuras en las grandes montañas y en las regiones polares, Sebastian Álvaro y Jose Mari Azpiazu completan su trilogía de experiencias extraordinarias en la historia de la exploración, recogiendo las vivencias al límite, los desgarradores relatos y los testimonios de Lawrence de Arabia, el conde Almasy, Gertrude Bell, Wilfred Thesiger, Sven Hedin y otros muchos exploradores.

**Testimonios, reflexiones e historias de exploradores de los desiertos
que son verdaderas lecciones de vida.**



EXTRACTO DE LA INTRODUCCIÓN (por Sebastián Álvaro y Jose Mari Azpiazu)

Al despedirme de la experiencia de nuestro viaje por el desierto, me embarga ese anhelo que, a quienes lo conocemos y hemos aprendido a amarlo, nos hace emprender constantemente nuevos viajes de exploración hacia la gran soledad.

László Almásy (1895-1951)

...

«La realidad geográfica nos muestra la existencia de dos franjas de aridez que se extienden en torno a los trópicos de Cáncer y de Capricornio. Además, hay otros factores climáticos y geográficos, como la barrera del Himalaya y los Andes, las regiones polares, la lejanía del mar y otros factores, que amplían los ecosistemas áridos de la Tierra. Desde nuestros orígenes, durante los diferentes cambios climáticos que se han producido en la Tierra, los seres humanos han tenido que adaptarse a las condiciones cambiantes del territorio que habitaban y, a veces, tuvieron que abandonarlo. Del Gobi al Sahara hay pruebas de ello en lugares que hoy son desiertos inhabitables. Durante mucho tiempo de nuestra evolución los desiertos se asociaron con un lugar prohibido, donde no se podía entrar sin pagar las consecuencias, como nos recuerda el propio nombre del Taklamakán: «Si entras, no saldrás». Las caravanas de la Ruta de la Seda, las de los esclavos y la sal, las hordas de los mongoles y hasta Marco Polo alertaron de sus peligros. Durante siglos fueron espacios vacíos, vedados a los seres humanos. Pero a partir del siglo xix la actitud de los exploradores cambió. No cambiaron los desiertos: cambió la mirada de los exploradores, que sintieron su llamada. Explorar en el mundo de finales del siglo xix y principios del xx era casi una obligación.

La geografía se completaba paso a paso. Es el tiempo de la conquista de los extremos de la Tierra: el polo norte, el polo sur, las cumbres más elevadas, las selvas plagadas de peligros o las fuentes del Nilo. Y, de repente, los desiertos terribles y misteriosos se convirtieron en un reto, en las últimas fronteras de la exploración; la irresistible atracción del conocimiento, junto con la belleza austera de lo elemental, impulsó a muchos a adentrarse en esos espacios incompatibles con la vida de los seres humanos. Para ello se necesitaba mucho coraje, mucha capacidad de acción y mucha inteligencia. En este aspecto los exploradores del desierto se emparentan con los de las regiones polares y los

de las altas montañas. Y en su aterrador silencio se vivieron dramáticos episodios de supervivencia.

La pasión por los desiertos proviene de la fascinación por las cosas sencillas y la sensación de libertad y de soledad que se siente en ellos. Y sin duda también por esa atracción que emanan los paisajes yermos, sin límites; esos lugares donde te sientes como si contemplases la Tierra por primera vez. Además, el desierto tiene otros aspectos muy atractivos, pues el esqueleto del planeta aparece sin complejidades eternidad, la inmensidad del espacio y el tiempo, pues se vive a un ritmo lento: el de tus pasos o el de los de los camellos. Por eso adentrarse en ellos fue un estímulo para los exploradores románticos. Así, poco a poco, se fueron descubriendo lugares que el hombre no había pisado previamente.

Recorrer hoy el desierto es compartir el mismo paisaje y el mismo sentimiento que atrapó el alma de exploradores, amantes de las grandes soledades, como Lawrence de Arabia, Kamal el-Din, László Almásy, Théodore Monod, Wilfred Thesiger, Sven Hedin, Francis Younghusband, Gerhard Rohfls y tantos otros. Pero también de escritores y poetas, como Albert Camus, que supo resumir el concepto esencial del desierto: «Tierras inhumanas para el hombre, aunque en determinadas circunstancias pueda encontrar allí refugio; son islas áridas, reinos donde domina la libertad más dura». En todos ellos había una pasión común por los espacios vacíos y desconocidos que muchas veces los llevó a trabar amistad, antes de que la guerra los enfrentase. Algunos, como Almásy, estaban fascinados por leyendas de oasis perdidos, como el de Zerzura, que aparecía ya en *Las mil y una noches*, la ciudad «blanca como una paloma, en cuya puerta hay tallado un pájaro»; o por ejércitos enterrados, como el del rey persa Cambises, sepultado, al parecer, en el Gran Mar de Arena».



Un explorador humanista en el Sahara: Theodore Monod



Por mi parte, la vida no me ha parecido amarga, pues me han sido concedidos grandes privilegios. La vida aguzó mi curiosidad, mi afición por la búsqueda. Mi asombro es insaciable.

Théodore Monod (1902-2000)

Quien soñaba en su adolescencia con viajar al Tíbet acabaría instalándose en las arenas del Sahara, una extensión vacía de más de nueve millones de kilómetros cuadrados que cruzaría de norte a sur y de este a oeste en más de una ocasión, tanto a pie como a lomos de camellos.

Théodore Monod, nacido en Ruan, no fue un hombre común. Curioso y observador, desde joven observaba todo con la agudeza de un científico. La naturaleza le atraía sobremanera, desde los animales hasta las rocas, desde las plantas hasta los fósiles, desde los minerales hasta las pinturas prehistóricas. Su curiosidad no era casual; todo él era producto de unas circunstancias que lo marcaron desde niño: el haberse podido adentrar en el Jardín de las Plantas del Museo Nacional de Historia Natural de París y haber nacido en el seno de una familia que leía la Biblia o a los clásicos griegos. No es de extrañar que se licenciara en Zoología en la Universidad de la Sorbona, si bien estuvo más cerca de la botánica, la geología, la paleontología y la historia, al tiempo que se interesaba por el pensamiento humano o la reflexión filosófica. En 1925, el Museo de Historia Natural lo destinó temporalmente a África ecuatorial, a la zona del lago Chad, para estudiar la fauna acuática, y dos años más tarde sería la Sociedad de Geografía de París la que lo invitaría a participar en una expedición científica al desierto del Sahara para atravesar la costa mediterránea hasta Dakar. Allí fue cuando Monod sintió en su interior la llamada del desierto. El Sahara se convertiría en su casa y campo de exploración durante sesenta años, con una combinación poco frecuente de «curiosidad científica, resistencia física y un indomable espíritu de aventura, pues Monod fue un personaje singular, el prototipo de aventurero culto, e incluso erudito, que se dio con relativa frecuencia en otras épocas y que hoy parece haberse extinguido», según fuentes cercanas.

En sus largas travesías descubrió asentamientos de valor pertenecientes al Neolítico y numerosas especies vegetales, algunas de ellas bautizadas con su nombre. Llegó a permanecer catorce meses explorando el entonces desconocido Tanezrouft, una zona del Sahara situada al sur de Argelia, particularmente beligerante por su aridez. Monod, poco dado a los reconocimientos, ostentó con sencillez y criterio científico los cargos de director del Instituto Fundamental del África Negra, profesor del Museo Nacional de Historia Natural, miembro de la Academia de Ciencias de Ultramar y miembro del Instituto de Francia (Academia de Ciencias). Acabaría siendo ecologista y participó activamente en los movimientos antinucleares y antimilitaristas no violentos, defendiendo los derechos humanos con tenacidad. En 1970 estuvo al frente de un Comité Internacional que trató, sin éxito, de salvar la vida del revolucionario camerunés Ernest Ouandié durante un juicio sumarísimo. En resumen, fue un sabio humanista, un estudioso vocacional y un explorador del desierto impenitente. Un hombre de carne y hueso poco común entre los mortales.

La reina del desierto: Gertrude Bell



Cuando uno acaba de llegar a Oriente, existe un momento en que se da cuenta de que el mundo empieza a menguar por un extremo y a crecer por el otro, hasta que toda tu perspectiva de la vida cambia.

Habíamos prometido un Gobierno árabe con asesores británicos y les hemos dado un Gobierno británico con asesores árabes.
Gertrude Bell (1868-1926)

Gertrude Bell se enamoró del desierto la primera vez que visitó Persia, en 1894, cuando tenía veinticuatro años.

Había nacido en Inglaterra, hija de un industrial adinerado que le permitió visitar a su tío, destinado en Teherán. Desde entonces su vida cambió. Prendada del desierto, viajó por Persia, Mesopotamia, Siria o Irak, acompañada de camellos que portaban baúles con sus ropas y enseres, entre los que se encontraban un baño de campaña y una cama plegable, y cenaba con vajilla de porcelana como una gran dama del Imperio, mientras exploraba ciudades como Petra o Palmira. A veces arrogante por su fuerte carácter, Gertrude llegaría a convertirse en una de las aventureras más notables de su tiempo, junto con la francesa Alexandra David-Néel y su compatriota Freya Stark. Las tres exploradoras compartieron la era victoriana de la exploración moderna, una amplia cultura, la fascinación por los grandes espacios desolados y la pasión por la aventura. Desde muy joven Gertrude se rebeló frente a una sociedad conservadora, puritana e hipócrita, un universo masculino, para convertirse en una mujer independiente que llegaría a ser una famosa arqueóloga, especialista en el mundo árabe; una viajera impenitente, que recorrió cientos de kilómetros a lomos de caballos y camellos y que, a la postre, jugaría un papel determinante en las cuestiones geoestratégicas de Oriente Medio.

En 1909 conoció a Lawrence de Arabia, y al estallar la Primera Guerra Mundial ambos colaboraron con los servicios de inteligencia militar británicos desde la oficina árabe instalada en El Cairo. El Tratado de Versalles, firmado en 1919, que ponía fin a la Primera Guerra Mundial, no hizo otra cosa que poner en marcha un reparto del mundo que, a la larga, conduciría a una nueva guerra mundial y a la inestabilidad congénita de Oriente. Las grandes potencias vencedoras, sobre todo Francia e Inglaterra, fueron las causantes de aquel reparto basado en los intereses colonialistas de las dos grandes potencias. Winston Churchill, ministro de las colonias británicas, llamó a Gertrude Bell para que participase en la Conferencia de El Cairo de 1921 y lo ayudase a determinar las fronteras del extinto Imperio otomano. La señora Bell establecería formalmente las actuales fronteras de Irak y recomendaría como rey al emir Faisal I. Tras la guerra, Gertrude se centró en la creación del Museo Arqueológico Nacional de Irak para evitar expolios. Sin embargo, nunca dejó de pensar en su gran sueño pendiente: el desierto de Arabia Central, «el gran vacío».

Desencantada de todo y cansada de la vida, sin suerte en el amor, harta de sus depresiones frecuentes y de la insoportable soledad no deseada, decidió quitarse la vida un caluroso 12 de julio de 1926 en Bagdad.

Isabelle Eberhardt, una pionera fuera de lo común



Estoy sola, y sueño... Y, a pesar de la profunda tristeza que invade mi corazón, mi ensueño no tiene nada de desolado ni de falta de esperanza. Después de estos últimos seis meses tan agitados, tan incoherentes, siento que mi corazón se temple como nunca y que de ahora en adelante será invencible, incapaz de doblegarse incluso en medio de las peores tormentas, humillaciones y duelos.

Ahora más que nunca me doy cuenta de que nunca me contentaré con una vida sedentaria, que siempre me perseguirán los pensamientos de un lugar bañado por el sol.

Para aquellos que conocen el valor y el exquisito sabor de la libertad solitaria (porque uno solo es libre cuando está solo), el acto de irse es el más valiente y hermoso de todos.

Isabelle Eberhardt (1877-1904)

Nacida en Ginebra, Isabelle Eberhardt fue una escritora y exploradora suiza que mostró un interés especial por el norte de África y el islam. Hablaba francés, ruso, italiano, alemán, griego, latín y árabe, y trabajó como corresponsal de guerra en Orán. Acabó mudándose a Argelia, donde su hermano estaba destinado a la Legión Extranjera, y allí decidió convertirse al islam e iniciar una nueva vida; fue allí donde se inflamó la vena exploradora y se desató la creatividad literaria de Isabelle. Mujer libre, rebelde, que rechazaba la hipócrita moral europea, solía vestirse como un hombre para sentirse más libre.

Cuando fallecieron sus padres, Isabelle decidió quedarse en Argelia, el resto de su vida, explorando el desierto y profundizando en la vida espiritual. Adquirió el nombre de Si Mahmoud Esadi y se sumergió en una orden sufí cuya misión era ayudar a los necesitados, para luchar, igual que otros escritores románticos, contra las injusticias del colonialismo europeo en África. Pudo haber muerto a manos de un hombre que estuvo a punto de asesinarla, pero Isabelle acabó perdonándolo y salvándolo de una ejecución segura. Se casó meses después en Marsella con un soldado argelino llamado Slimane Ehni. Tras una larga separación, el matrimonio alquiló una casa y el 21 de octubre de 1904, durante una inundación repentina, se derrumbó la vivienda de arcilla donde estaban. Las aguas arrastraron a Slimane, que terminó salvándose, pero Isabelle no pudo sobrevivir. Tenía veintisiete años y había vivido una vida plena y fascinante. Afortunadamente, pudieron recuperarse sus escritos: libros, artículos y diarios personales.

«El espíritu de aventura, la curiosidad, siempre ha empujado a los seres humanos a ir más allá, a avanzar en las parcelas de lo desconocido, a hacer lo que nadie había hecho antes o a alcanzar lugares donde nadie había llegado. Hemos querido compartir los espacios más inhóspitos y desolados de la Tierra, allí donde se resguarda la belleza, la soledad y el silencio del mundo en que vivimos y que son, en buena medida, al menos para mucha gente, desconocidos y ajenos. Y lo hemos hecho con palabras y con las imágenes de estos lugares que nos trajimos impresas en nuestras retinas y fijadas para siempre en el corazón. A nuestras palabras hemos querido unir las de exploradores, escritores y aventureros que se atrevieron a adentrarse, mucho antes que nosotros, en los últimos espacios salvajes de nuestro planeta. Esperamos que las próximas generaciones entiendan la necesidad de conservar y recuperar nuestros bosques, mares, montañas, hielos y desiertos».

SOBRE LOS AUTORES



SEBASTIÁN ÁLVARO

Sebastián Álvaro fue el creador y director de los documentales de aventura *Al filo de lo imposible*, una de las series de mayor prestigio de la televisión española. Durante los últimos treinta años ha dirigido más de doscientas expediciones y realizado más de trescientos documentales, lo que lo convierte en una de las personas que más aventuras, viajes y exploraciones han realizado. Por su trabajo ha recibido tres medallas al Mérito Militar, el Premio Nacional del

Deporte, dos premios Ondas, nueve premios de la ATV y dos medallas en el Festival de Nueva York. Escritor, periodista y fotógrafo, es autor de veintiséis libros y colabora habitualmente en algunos de los medios de comunicación más prestigiosos de España, como *El País*, *Marca*, *El Semanal*, *El Mundo*, *Onda Cero* y *RNE*.

JOSÉ MARI AZPIAZU

Jose Mari Azpiazu es alpinista, expedicionario y escritor. Se inició en la montaña a edad temprana y cuenta en su haber con importantes ascensiones y escaladas en los Pirineos, los Picos de Europa y los Alpes. También ha organizado y participado en expediciones a los Andes y al Himalaya. Es autor de numerosos artículos y autor y coautor de seis libros de montaña, entre ellos *Alpinismo español en el mundo*, el tomo VI de la colección *Mendiak*, *Nuestras montañas*, *Montañas de mi interior* y *Nire Barneko Mendiak*. Como profesional de la comunicación y el marketing ha participado en la realización de más de un centenar de libros de temas diversos: sociales, culturales, festivos, históricos, empresariales... y de montaña.



LA VIDA EN LOS VACÍOS DEL PLANETA

Sebastián Álvaro y Jose Mari Azpiazu

Lunweg Ed. 2021

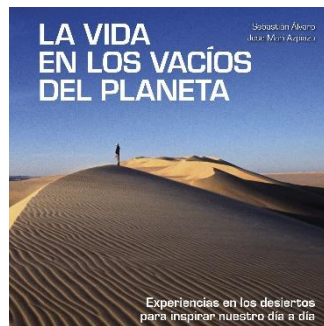
Formato: 20 x 20 cm

224 páginas

Cartoné

PVP c/IVA: 24,50 €

A la venta el 24 de noviembre de 2021



Para más información a prensa, entrevistas e imágenes:

Lola Escudero. Directora de Comunicación Lunweg

Tel: 91 423 37 11 - 680 235 335 - lescudero@planeta.es

Facebook.com/lunweg @lunwegfoto

¿CÓMO ES EL LIBRO POR DENTRO?



Almásy, el padre de las arenas

«Almo el desierto. Amo la inimitable erestión de los tem-
briosos espejismos, el viento, los picos escarpados,
las cadenas de dunas como rígidas olas de mar. Y amo
la simplicidad, la ruda vida de un campamento primitivo en
el frío gélido, a la luz de las estrellas en la noche, y en
las calurosas tormentas de arena.»

Esta frase, que simboliza como pocas la fascinación
por la belleza de los desiertos, pertenece a uno de sus
más famosos exploradores. László Almásy (1895-1961), de
la época dorada de los últimos aventureros románticos,
un conde húngaro que dedicó buena parte de su azara-
da vida a explorar el desierto del Sahara, y cuya figura
popularizó la oscarizada película *El paciente inglés*. En
1929, con dos coches, el joven Almásy recorrió doce mil
kilómetros atravesando el norte de África, Libia, Egipto y
Sudán, en un viaje que cambió su vida. Redescubrió la
antigua Ruta de la Cuarenta Ocas, que recorre carava-
nas de miles de esclavos y que conectaba Egipto con el
interior de África negra, y fue pionero en la introducción
de automóviles y aviones en la exploración del Sahara.

Almásy nació en la localidad húngara de Borosnyó-
pakoc en el seno de una familia aristocrática. Fue un
personaje duro, introvertido, solitario, bisexual, un ex-
plorador romántico que siempre sentía nostalgia por
volver al desierto cuando no estaba en él. Gracias a su
esfuerzo, su inteligencia y su valentía, terminó siendo
uno de los más eficaces exploradores del Sahara, que
hasta entonces era mal conocido o completamente
desconocido, y se centró en la amplia zona desértica
que se extiende al oeste del valle del Nilo. A comienzos

del siglo xx participó en expediciones con los británicos
Robert Clayton, Ralph Bagnold, el alemán Von der Esch
o el príncipe egipcio Kemal el Din, quien renunció al
trono de Egipto para dedicarse a explorar el desierto.
También halló Regeheif (el lugar donde el explorador
alemán Rohlfis fue sorprendido por una tromba de agua)
y encontró gigantescos hitos de piedra del ejército de
Cambises, aunque ni rastro de este. Su mayor descubri-
miento fue la Cueva de los Nadadores, que asegura una
civilización anterior cuando esta parte de África no era
todavía un desierto. En 1932 ya había muerto su parti-
cipador, el Robert Clayton, no a causa del accidente de
avión que aparece en la película, sino por una infección
provocada por una mosca en Gilt Kebir. Sin embargo,
su mujer — que nunca fue amante de Almásy como se
mostraba en el film — sí murió un año después en un
accidente de aviación.

Durante la guerra participó activamente en el lado
alemán, y consiguió introducir dos espías alemanes en
zona británica. Aunque finalmente no resultaron de utili-
dad, con esta acción demostró que era uno de los mejores
conocedores del desierto. Al acabar la guerra fue deteni-
do por los soviéticos, pero lo pusieron en libertad gracias
a sus conocidos. Regresó a Egipto para poner en marcha
una nueva expedición en busca del ejército de Cambises,
pero ya no pudo conseguirlo: estaba enfermo de amebia-
sis y murió de vuelta a Suiza, donde está enterrado.
Un sello de correos húngaro lo representa delante de las
pirmitas de la famosa cueva que descubrió, y una lápida
en el castillo donde nació lo recuerda con el título que le
dieron los beduinos: Abu Ramia, «padre de las arenas».



30 de mayo de 1869. Esta mañana nos
disponemos a penetrar en el misterioso cañón
[el Cañón de Colorado] y emprendemos viaje
con cierto desasosiego. Los viejos montañeros
afirman que no pueden recorrerse; los indios
dicen emoción de agua es atrapada, pero
todos estamos ansiosos por intentarla y nos
lanzamos a la aventura.

John Wesley Powell (1834-1902)

[...] por espantoso que fuera el frío, no era
el elemento más destructor del repertorio
de violencia climática que azota Montana.
En verano, el aire que sopla por las llanuras
del norte es de una gran turbulencia: avanza
gigante y en remolinos, con feroces y
desgarradoras corrientes, en una vorágine que
recuerda a los tornados. Allí, la corriente del
noroeste, que sopla de Alaska y del Círculo
Polar Ártico, choca con la cálida del suroeste,
que procede del golfo de México y del sur
meridional de los Estados Unidos. La pradera
desprotegida y sin árboles, que de día se asa
con el sol y se enfría con colorada durante la
tarde, intensifica esta convección atmosférica.

Era tal el vacío que habla por allí que dos
desconocidos sin duda tenían la sensación de
que los unía un vínculo común por el simple
hecho de hallarse rodeados por un mismo
horizonte.

Jonathan Raban



Todo se hiel. Hasta las palabras, según
creencia extendida en algunos pueblos
siberianos, quedan heladas en el aire; y
en la primavera, al fundirse, se oyen las
conversaciones sostenidas en el invierno.

Manuel de Terán (1904-1984)
La epopeya polar

El gran silencio blanco

Viajar hacia el Gran Norte es ir traspasando círculos
concentricos, un camino progresivo hacia el frío. Pri-
mero es el paso de la arboleda a la tundra, postero-
mente es ya el desierto frío, Siberia, el norte del Canadá,
el norte de Alaska, y finalmente el mundo del hielo,
el hielo continental de Groenlandia y el hielo marino que
recubre la zona polar. A partir de los 66 grados y 33 mi-
nutos de latitud norte se traspasa una línea imaginaria
que delimita el Círculo Polar Ártico, dentro del cual se
encuentra el océano Glacial Ártico, un mar congelado
casi encerrado por las tierras continentales de Asia,
Europa y América, que lo rodean. No es extraño que se
haya comparado con una forastera de hielo, que delende
el polo norte de la invasión de todas las criaturas. Se
puede decir, en suma, que el frío es el protagonista y el
hielo la frontera definitiva para disuadir a los intrusos.
En su interior más alejado se sitúa el eje de rotación
de la Tierra, el polo norte, un punto imaginario en el
centro de un desierto de hielo, azotado por tormentas
apocalípticas, cercado por grandes silencios e inmensas
soledades, donde no hay condiciones para que exista la
vida. El polo norte geográfico, el punto donde se unen
todos los meridianos terrestres, es el centro de un paisa-
je a la vez permanente y variable, mojado y sábrico,
desechado y destruido repetidamente por el frío y el
tiempo, con razón y perseverancia. Un punto idealizado
y perseguido, tan majestuoso que siempre ha fascinado
a quienes tuvieron el privilegio de observarlo.

Una naturaleza desértica, fría y salvaje es la que
hace que el Polo Norte sea el sitio más inhóspito de la

